

LA LUZ DEL PORVENIR

Precios de suscripcion.

Barcelona un trimestre adelantado una peseta, fuera de Barcelona un año id. 4 pesetas. Estranjero y Ultramar un año id. 8 pesetas.

REDACCION Y ADMINISTRACION

Plaza del Sol 5, bajos,
y calle del Cañon 9, principal.

SE PUBLICA LOS JUEVES

Puntos de suscripcion

En Lérida, Mayor 81, 2. En Madrid, Valverde 24, principal derecha. En Alicante, San Francisco, 28, imprenta

SUMARIO:—El presentimiento de una madre —Sobre la hoja de un árbol.—Dinero de los pobres.

EL PRESENTIMIENTO DE UNA MADRE

Está visto, que no hay profeta
Como nuestro corazón.

CAMPRDON

I.

Dijo muy bien el poeta, hay *corazonadas* como dice el vulgo, que son verdaderas profecias.

Esto nos decia nuestra amiga Sara hablándonos de un suceso desgraciado que habia dejado en su existencia indelebles huellas.

Sara es una de esas mujeres que le sirven al escritor para hacer profundos estudios en ese sexo tan ensalzado por unos y tan vilipendiado por otros. Sara es para nosotros un volumen precioso, en el cual hemos leído más de una vez, pero nunca habíamos llegado al capítulo de la maternidad, y sin nosotros buscarlo, en dos entrevistas que hemos tenido últimamente con ella, hemos visto que en la mujer, por viciada que haya sido su educacion, el amor maternal llena casi por completo su corazón.

Una tarde vimos entrar á Sara en nuestro gabinete, y dejándose caer en un sillón nos dijo con acento melancólico.

—Vengo á anunciarte una gran desgracia, que pronto, muy pronto caerá sobre mí.

—¿Cuál? habla.

—¿Ya verás, siempre que he presentado un acontecimiento doloroso no han quedado fallidos mis cálculos; y no creas que me he fijado en circunstancias más ó menos agravantes, que ya anuncian algo extraordinario, no; ha habido ocasiones de estar mi marido sin destino, y tener, como es consiguiente, grandes apuros para poder vivir con decencia. Ya ves que en situacion semejante el anuncio de una colocacion lucrativa y duradera es volver de la muerte á la vida; pues mira, hace cinco ó seis años que estábamos en casa pasando una de esas crisis desesperadas en que habia sido necesario empeñar todas mis joyas y hasta las ropas del uso diario para atender á las más precisas necesidades. En tal situacion, figúrate si mi esposo veria el cielo abierto, cuando se le proporcionó un buen destino independiente del gobierno; vino á casa loco de contento, y cuando me dijo:

—¡Ay! Sara de mi alma! cantemos ¡hosanna y aleluya! nos vamos dentro de ocho dias á Toledo, ya estoy colocado quizá para toda la vida, se acabaron los apuros: ¡gracias á Dios!

—Pues yo creo que te equivocas, le dije profundamente contrariada, te advierto que no quiero ir á Toledo.

¿Por qué?—me preguntaba mi marido con asombro: ¡tú estás loca! aquí nos morimos de hambre y allí nadaremos en la abundancia y nuestros hijos vivirán felices.

—Ellos tal vez, pero nosotros no. Y lloré amargamente por aquel favorable cambio de posición.

Mi marido no me hizo caso, y fuimos á Toledo, donde se puede decir que estuvo á punto de naufragar nuestra dicha conyugal; tales fueron los acontecimientos que turbaron nuestra paz doméstica, y yo no habia estado nunca en la Imperial ciudad, así es, que cuando presiento un disgusto, se que me viene encima la maza de Fraga.

—Y qué es lo que presientes ahora?

—La desgracia más horrible, la muerte de mi hija Blanca.

—¿En qué te fundas?

—En nada cierto para el vulgo, pero sí indudable y ciertísimo para mí. Tengo á hija hace algun tiempo en un colegio de monjas; estas, hacian grandes fiestas para la primera comunión de varias educandas, y le dijeron á Blanca que contaban con ella para que acompañara á las niñas que debian acercarse á la mesa del Señor.

Vino mi hija entusiasmadísima, diciéndome: ¡mamá! ¡mamá mia! nunca te he molestado para que me compres esto ó aquello; pero hoy sí que te pido que me compres un vestido blanco y un velo largo de tul nieve. ¿Verdad que me lo comprarás? ¿verdad que me darás gusto? Yo te prometo que esto será lo primero y lo último que te pida; bien conozco que tendrás que hacer un verdadero sacrificio, pero... ¡mamá mia! yo quisiera ir como irán mis compañeras ¿ne darás gusto?... ¿cuento con el vestido, mamá mia?

—Sí, le dije yo: cuenta con él. Te he de advertir que mi hija Blanca en los 13 años que lleva de existencia, es el ser más contrariado que yo he visto. Basta que ella desee salir á paseo para que llueva á mares y no salgamos; si piensa en ir al teatro no se encuentran localidades ó su padre no puede acompañarnos; si quiere ir á pasar la tarde en casa de alguna de sus amigas, la pequeña ó yo nos sentimos indispuestas y tiene que renunciar á su visita, y en fin, todo, todo, todo le sale al revés; tanto, que muchas veces he reflexionado sobre esa especie de fatalidad que pesa sobre ella y he dicho: si yo no fuera egoísta debería desear la muerte de mi hija, porque si en el trascurso de su vida, en todo vive tan contrariada ¡Dios mio! ¡qué desgraciada va á ser! se casará con algun Neron, tendrá por hijos á los nietos de Satanás, yo debería pedir á Dios que se llevara á mi hija, pero... ¡Ay! no, no; es tan buena! .. tan cariñosa! me quiere tanto! que no podría vivir sin ella. ¡Dios me la conserve!

—Pues bien, volviendo á lo del vestido, haciendo lo que se llama un gran sacrificio, compré todo lo necesario; desde las botitas blancas hasta la corona de flores níveas, y le hice un traje elegantísimo.

Como tu sabes que á mí el tiempo no me sobra, la víspera del gran día en que debia mi Blanca estrenar su vestido, tuve precisión de coser toda la noche. Ella quiso acompañarme, pero yo hice que se acostara y me quedé sola cosiendo afanosamente; ya lo daba por concluido á las dos de la madrugada, cuando noté que habia colocado mal el adorno de las mangas y no pude menos que decir: ¡Señor! hasta en eso se ve la contrariedad que persigue á mi pobre hija: más sobre todas las contrariedades está el amor de una madre: quiero que mi Blanca tenga el inocente placer de estrenar su traje y lo estrenará. Y me puse á coser con nuevo ardor hasta concluir mi tarea; más como antes de concluir la sentí el canto de la lechuza, que sin saber por qué me impresionó (aunque nunca la he creído ave de mal agüero, ni he dado oídos á las habladurias del vulgo), pero esa noche temblé al escuchar su cantó, y me pareció escuchar una voz lejana que me decia: ¡Cose, cose aprisa la mortaja de tu hija!

¡Jesús! ¡qué horror! dije entre mí, no puede ser, yo no quiero que sea! pero de

nuevo resonó la voz mucho más lejana que iba repitiendo: ¡Cose, cose la mortaja de tu hija!

Me dieron ideas de no concluir el traje, pero dieron las cinco y Blanca se desesperó diciendo: ¡Ay mamá mia! ¿me has concluido el vestido? ya he soñado que lo tenía puesto y que las monjas me decían que estaba muy bonita ... muy bonita....

Las palabras de mi hija me reanimaron, y concluí el vestido alegremente; la vestí y la vi salir con su padre radiante de felicidad. ¡Era la primera vez que Blanca realizaba sus sueños!

Por la tarde fuí á la función que hacían en el convento, y al ver á mi hija entre sus compañeras, á todas las encontré con más vida que á mi Blanca, esta parecía un lirio marchito, y recordé con espanto el anuncio de la noche anterior.

Al día siguiente Blanca estaba muy contenta, y doblando y guardando su vestido me abrazaba cariñosamente diciendo: ¡Pobre mamá mia! nunca olvidaré el sacrificio que has hecho por complacerme, no te puedes imaginar lo que yo deseaba este vestido blanco.

Por la tarde comenzó á quejarse de dolor de cabeza, la hice acostar; y lo que es yo ya la veo con su blanca mortaja dentro del ataúd, ¡Son tan terribles mis presentimientos.

II.

Algunos días después fuí á ver á Sara que al verme se sonrió con amargura diciéndome con triste ironía:

¿No te lo decía yo que mis presentimientos eran fatales? velé una noche entera para coser la mortaja de mi hija, ¡si la hubieras visto!... ¡qué bien le sentaba el vestido después de muerta! mucho mejor que cuando estaba viva. Yo estuve hablando con su cadáver largo rato y la contemplé detenidamente: ¡qué hermosa estaba! ¡pobre hija mia! en lo único que se cumplieron sus deseos en este mundo fué en ponerse en vida su mortaja!

¡Me parece mentira que se ha ido Blanca...! lo único que me consuela que como era tan buena (porque era buenísima), no debe padecer en el otro mundo, es imposible que sufra, é indudablemente será más dichosa que aquí, donde no encontró más que innumerables contrariedades ¡pobre hija mia!

III

Nos separamos de Sara tristemente impresionados; la muerte de una niña siempre conmueve, bien sabemos que en la Tierra el padecimiento, la contrariedad y los desengaños son el patrimonio de sus desgraciados moradores; pero una niña es una flor tan hermosa, que al perderse su aroma parece que momentáneamente en los vergeles de este planeta se agostan todas las flores, parece que el Sol pierde una parte de su luz esplendente cuando se cierran los ojos de una niña, parece que la brisa no murmura amores cuando exhala su último suspiro una joven candorosa y pura.

Como nuestro continuo trabajo nos tiene en relación constante con los seres de ultratumba, pensando en la muerte de Blanca, y los presentimientos de su pobre madre, nos dice un espíritu de muy buena influencia, lo siguiente:

IV.

«¡Pobres ciegos de la tierra! Cuán cierto es, que así como cuando quereis mirar al Sol cerrais los ojos porque no podeis resistir su clara lumbre, de igual manera cerrais los ojos del entendimiento ante la tumba de una niña, porque no sabeis lo que

significa su desaparicion, no lo comprendeis, no; si lo supierais otras serian vuestras reflexiones. Para que comenceis á saber mirar, voy á contaros por qué dejé á los catorce años la tierra, mundo de miserias y penalidades sin cuento, voy á deciros lo útil que fué mi desencarnacion para el progreso de dos espíritus.

»En mi última encarnacion fuí hija única de un matrimonio que se unió por el convenio de dos familias opulentas; mis padres eran dos espíritus que no podian amarse, habian sido enemigos implacables en anteriores existencias, se unieron para comenzar la reconciliacion que exige el progreso universal en todos los seres; pero como todos los aprendizages son penosos, mis padres olvidaban con frecuencia la leccion que su adelanto forzoso les hacia aprender, y en su hogar se sentia mucho frio.

»Yo como ángel de paz llamé á las puertas de su corazon, y ambos me recibieron sonriendo: ¡es tan hermosa una niña! es más dulce que un niño, más humilde y ménos exigente; mi madre me amamantó con inmensa alegría, mi padre gozaba durmiéndome en sus brazos, y cuando pude andar fuí su compañera inseparable, pero cambios políticos alejaron á mi padre de su hogar y de su patrio suelo; cruzó los mares y en lejanos continentes encontró á una mujer que era su alma gemela, sin que por eso me olvidara; siempre, al dormirse, su último pensamiento era para mí, borrándose en su mente casi por completo el recuerdo de mi pobre madre, que á la vez correspondió á su ingratitud no siendo su vida de lo más ejemplar, sin que por sus vengativos devaneos me quitara la más mínima parte de su inmenso cariño.

»A los cinco años de ausencia volvió mi padre, y al verme olvidó sus nuevas afeciones, porque me queria con delirio, pero mi benéfica influencia solo consiguió retenerle en el hogar, exclusivamente para mí, pues entre mi madre y él, no habia el menor contacto, pero para honrarme, los dos me acompañaban á paseo y al teatro, los dos rivalizaban en cariño, deseando que yo prefiriera al uno más que al otro, pero mi amor lo repartia por igual.

»A los trece años la tisis comenzó á consumir mi desarrollado organismo, y mi cariño fué tan exigente con mis padres, mis caprichos de niña enferma y mimada, fueron tan originales, que durante un año fuí reanudando lentamente el cariño entre mi padre y mi madre, no queria que me velara el uno ni el otro, exigí imperiosamente con la energía de la calentura que durmieran juntos, como yo los habia visto dormir en mi infancia, prometiendo mis caricias al que más se complaciera en complacerme, y como los dos me amaban entrañablemente obedecian sumisos mis mandatos.

»Los médicos encargaban que sobre todo no me contradijeran, porque la más leve contradiccion me empeoraba y me hacia arrojar sangre por la boca. Todas mis exigencias consistian principalmente en tenerles á los dos á mi lado; y con aquel trato continuo, con aquel cambio mútuo de confianzas y temores, aquellos dos espíritus se dieron á conocer sus buenas cualidades respectivamente, lloraron juntos muchas noches velando mi intranquilo sueño, y cuando dos seres lloran juntos, es mucho más difícil el olvido que cuando juntos han gozado los placeres naturales, y ante mi lecho de muerte puede decirse que se unieron con lazo indisoluble los espíritus de mis padres.

»Mi enfermedad se agravó, y el mismo dia que cumplí catorce años mi espíritu adquirió gran lucidez, y estrechando entre mis manos las de mis padres les dije solemnemente: Mi mision en la tierra termina hoy, vine á vuestro hogar con el ramo de oliva, os dejo en paz, y me voy al espacio á velar por vuestro bien; las almas no mueren, bien lo sabeis (mis padres tenian algunas nociones del espiritismo); cuanto hagais y cuanto penseis será visto y comprendido por mí, no me hagais sufrir, que yo en el cielo no podria ser dichosa si vosotros no os amabais en la tierra: juradme que os amareis siempre, no me hagais morir desesperada.

»Mis padres juraron, sollozando, que siempre se amarian, los tres formamos un

grupo divino; nuestras lágrimas se mezclaron y se confundieron con la sangre que á intervalos yo arrojaba por la boca, sangre que cayó sobre los autores de mis días como el agua bendita del bautismo; el dolor, ese dolor inmenso que se puede llamar inexplicable purifica las almas, y mis padres, con mi muerte, quedaron purificados; ¡ante mi cadáver renacieron! Ningun cadáver ha sido acariciado tanto como lo fué el mio, mi entierro fué un verdadero acontecimiento, tan suntuoso fué, tan inmensa la concurrencia que acudió á ver mi lujoso y conmovedor acompañamiento; mi sepultura fué una maravilla del arte; mi pobre madre creyó morir de dolor, pero mi padre le prestó aliento con su verdadero cariño, acudieron á los centros espiritistas, y en uno de ellos pude comunicarme con una hermana de mi madre. ¡Qué alegría! ¡qué felicidad! ¡ya no estaban solos!... ¡su hija, su ídolo, su idolatrada Rosita, les aconsejaba lo mismo que les aconsejó en el momento de morir, que se amaran siempre!... ¡siempre! y que practicasen la caridad; que acogieran á una niña huérfana y le prodigaran sus caricias; y como lo decía su hija, no titubearon un segundo en ir á la Inclusa y adoptar á una pobre niña que en su ilusión aseguraban que se parecía á mí.

»¡Qué júbilo el mio al ver el gran progreso de mis padres! ¡Qué alegría tan inmensa experimento cuando los contemplo anhelantes, pendientes de lo que dicen ó escriben los médiums, siempre evocándome, siempre bendiciendo mi recuerdo!

»Con mi desaparición de la tierra hice adelantar á dos espíritus que se habían estacionado, reconcilé á dos enemigos. Ved si mi muerte no fué germen de vida para dos *muertos* que en la fosa del vicio comenzaban su disgregación.

»En Dios todo es justicia, no hay muerte que no sirva para aumento de vida.

»No hay dolor que no sea el prelude de una satisfacción inmensa. En la tierra estais ciegos, los que no ven la luz no pueden admirar su grandeza; pero como ya es tiempo que comencéis á ver, por eso venimos los espíritus á deciros: «Prestad atención, que los muertos resucitan y os vienen á contar por qué se fueron, ellos levantan una punta del velo que cubre el pasado ¡mirad! ¡mirad! mirad el ayer, que en él hallareis la realidad de la vida que nunca se acaba, que vibró en el pasado, que se agita en el presente, y será el motor del porvenir! Adios.»

V.

¡Qué comunicación tan dulce! es indudable que en la tierra, como dice muy bien el espíritu, sólo vemos la sombra de la muerte; y sólo la comunicación de ultra tumba conseguirá disipar las densas brumas que envuelven ese acto terrible que nos arrebatá á los seres queridos cuando menos se espera, cuando todo sonríe, cuando la niñez ó la juventud prometen una existencia prolongada. Solo las madres son las que más aman en la tierra, son las que suelen tener esos presentimientos que muchas veces se convierten en realidades.

A muchas madres les hemos oído contar cómo han presentido la muerte de sus hijos, y tenemos una amiga del alma, que tuvo dos niños gemelos, los cuales permanecieron en este mundo poco más de un año, y todas las noches cuando los dormía y los dejaba en la cuna los contemplaba tristemente vertiendo abundantes lágrimas.

¡Qué tontería! decía la familia, si los niños están buenos.

—Es verdad, no lo niego, replicaba ella; pero... ¡yo los veo muertos!... ¡y entonces también se cumplieron los presentimientos de una madre!... los dos niños huyeron de este planeta en el breve plazo de cinco días, las madres son indudablemente las profetisas de todos los tiempos!

AMALIA DOMINGO Y SOLER.

SORRE LA HOJA DE UN ARBOL

Terminaba el otoño; debajo del ancho emparrado de mi casa, toldo que fué de verdes hojas, y hoy deja ver al descubierto los retorcidos sarmientos de las viejas parras, se extendía esa mullida alfombra con que el invierno viste la húmeda tierra; el viento de otoño, arremolinando las secas hojas de los árboles, trajo á mis plantas la de un castaño de Indias que, entre varios formó en estío una fresca alameda, propia para soñar venturas imposibles ó para recordar dichas pasadas.

Sobre una de las hojas, entre los arrugados pliegues de sus fibras secas y retorcidas, se contemplaba el poema de la vida en todas sus manifestaciones: ¡quién lo diría! los autores de aquel poema que tan grande parece, eran casi microscópicos, eran dos solas hormigas; la hoja era su mundo; millares de ellas, desprendidas de árboles y de plantas, girarían en aquel instante en el inmenso espacio de un hemisferio terrestre, y sin embargo, de aquellas dos hormigas, ajenas al infinito número de mundos que las rodeaba, sin conocer acaso otro universo que aquel estrecho recinto, que con ímpetu vertiginoso las arrastraba en el espacio, se entregaban á la más encarnizada lucha por la existencia; ¡como si su vida fuera algo en el concierto de las vidas superiores, y como si el mundo que en aquel momento habitaban fuese el perenne cimiento de los mundos, y no una mísera hoja seca, perdida en el infinito número de sus semejantes!

Solo eran dos hormigas: la una, grande, roja, conocida entre los naturalistas con el nombre de *formica rufescens*: tenía un ancho coselete; sus antenas, fuertes y prolongadas, y el lustroso color de su cabeza la denunciaban como individuo de una raza privilegiada, rica en dones naturales, casi aristocrática; su compañera era pequeña, negra, de un negro vivo, de tonos azulados; sus antenas flexibles eran más bien los instrumentos de un trabajo inteligente, perseverante y concienzudo que las armas de una voluntad conquistadora y dominante: ambas hormigas eran tan diferentes, que solo ante los ojos del hombre, inteligencia superior, sér esencialmente distinto y perfectamente ajeno á la insignificancia de tales existencias, pudieran pasar por individuos de la misma familia: el hombre, ante aquellas dos hormigas, era la representación más perfecta de Dios; no distinguía la diferente casta á que pertenecían, porque, en su grandeza, las consideraba solamente como dos hormigas, y esto era bastante. ¡Quién sabe si el hombre será considerado del mismo modo por el Creador de lo eterno!

En aquel pequeño mundo habitado, en cuyos repliegues se agitaban una infinidad de séres microscópicos de extrañas formas y efímera existencia, podía observarse una epopeya de valor y de heroísmo: la hormiga roja, apoderada de una pequeña larva de la negra, que, como es sabido, es tribu de la cual hace sus esclavos, pugna por llevarse la larva, fuertemente asida por la pequeña hormiga negra, que con desesperados esfuerzos procuraba defender aquella existencia del porvenir, aquel pequeño sér destinado á perpetuar la vida de su especie. En pocas palabras, aquella hormiga negra era un pueblo defendiendo el medio de su prosperidad y de su grandeza, sus hijos; la hormiga roja, fuerte, valiente, y, ¿por qué no decirlo? perfectamente organizada para la lucha, defendía también la vida de los suyos, su propia vida. Estas hormigas rojas, por causas perdidas en el transcurso de los siglos, tienen, al presente, anulados los instintos característicos de su especie, y á la par que algunas de sus cualidades, tal como la de la fuerza y el valor, han adquirido completo desarrollo, carecen enteramente del hábito del trabajo, hasta de aquel indispensable para su alimentación, teniéndose que valer de otra casta de hormigas, la *for-*

mica fusca; la cual, en calidad de esclava, las alimenta, las cuida y las atiende criándoles sus hijos y formándoles fuertes y audaces guerreros.

Así es, que al luchar la hormiga roja por llevarse aquella tierna larva de hormiga negra, luchaba por su vida, por la vida de los suyos; en aquel microscópico embrión del futuro esclavo, estaba representada su riqueza, su tranquilidad, el porvenir de su tribu; la lucha, por lo tanto, debía ser ruda, enérgica, pero ¡cuánta desventaja de parte de la negra! En tanto que su robusta enemiga esgrimía sus antenas revestidas de recia escama que casi las hacía invulnerables; en tanto que sus patas, desarrolladas por un ejercicio recreativo y no forzoso, se aferraban con energía á las sinuosidades de la hoja; su pobre contrincante, más acostumbrada al pacífico trabajo del obrero que al alegre oficio del espadachin, manejaba con cierto esfuerzo nervioso sus delicadas atenas, inútiles para atacar á un enemigo robusto y aguerrido. Pero el amor da fuerzas y el amor á la libertad las centuplica; mordiendo con ímpetu y coraje las antenas de su contraria, había logrado inutilizar sus movimientos, al menos los ofensivos, y colgada, materialmente, de las armas de la hormiga roja, paralizaba el ataque, aunque sin poner la victoria de su parte. En esta situación, que probaba cuán grande era la inteligencia de la pequeña, pues con desventajas físicas había conseguido dominar á la grande, estaban las combatientes, cuando la hoja marchita rodó á mis plantas, impulsada por la brisa de la apacible tarde... El sol se velaba con las brumas del ocaso; la noche, con los primeros frios del invierno, adelantaba rápidamente, y mis observaciones sobre la hoja iban á terminarse; quise ver en qué paraba aquella microscópica epopeya, y con exquisito cuidado coloqué la hoja bajo una ancha vasija de cristal.

Apareció la aurora del siguiente día y corrí presurosa al improvisado observatorio; con el lente de aumento busqué mis contrincantes hormigas; apénas las encontraba, ¡eran tan pequeñas!... ¡Qué poder visual tendrá el poderoso Autor del universo para contemplarnos á nosotros, séres perdidos sobre una mísera hoja del árbol de la vida, cuyas ramas se pierden en los espacios infinitos, formando constelaciones y nebulosas, y cuyas hojas y retoños son mundos y soles que nacen y mueren en los años estelares, en esos años que cuentan por segundos las centenas de nuestros siglos terrestres, y cuyas estaciones no tienen otra medida que lo infinito ni otra duración que lo eterno...!

¡Por fin encontré las hormigas! ¡Con cuánto asombro ví que aún permanecían en la misma posición y actitud en que estaban el día anterior! Allí estaba la roja, cautiva, inmóvil por el peso de su enemiga, que aún permanecía colgada de sus antenas; allí estaba la larva entre las patas de su defensora, que, acaso, en el entusiasmo de la lucha, se olvidó de que tal vez defendía un cadáver; que no resiste por largo tiempo el frío y la intemperie el delicado embrión de su trabajadora casta. Allí estaban las dos: la roja, firme y erguida, agitando sus fuertes patas con ánimo de herir, aunque sin conseguirlo, á la rebelde defensora del ambicionado esclavo; allí estaba la negra, haciendo desesperados esfuerzos por derribar al coloso á quien sujetaba, poseída del santo amor á la libertad del porvenir, y desconociendo enteramente su pequeñez é insuficiencia. ¿Hasta cuándo duraría la lucha? ¿Cómo terminaría? ¿Vencería la fuerza bruta de la naturaleza, ayudada por el fatal acumulamiento de causas desconocidas, que han hecho de la *formica rufescens* una raza de guerreros valientes y audaces, ó venció el poder, esencialmente divino, de la inteligencia, representado por la pequeña hormiga negra, cuyas condiciones primordiales no se han extraviado por causa ninguna, y cuya casta conserva admirablemente todas las cualidades revelantes de su especie, que las hace

eminentemente laboriosas, y esencialmente prácticas para la conservacion de los suyos? ¿Quién vencerá á quién?

Una ráfaga de viento arrebató la hoja del árbol... allá en el horizonte, confundida con otras hojas secas, voló en confuso tropel, llevándose entre sus pliegues aquel problema pequeño, insignificante en medio de las grandezas de la creacion; pero gigante, inmenso, en el microscópico mundo de las hormigas, cuyos combates, amores y existencia pueden muy bien desarrollarse sobre la hoja de un árbol.

ROSARIO DE ACUÑA.

¡DINERO DE LOS POBRES!

Dijimos en el número 4 de LA LUZ que quedaban en caja 3 pesetas 75 céntimos; despues se han recibido las cantidades siguientes en esta redaccion:

De Veredas, 3 pesetas; de un militar, 10 id.; de Eduardo, 6 id.; de Cartagena, 4 id.; de Carlos, 12 id.; de Petrel, 2 id.; de Santa Pola, 2 id.; de Valencia, 50 céntimos; de Mataró, 4 pesetas; de Almonacid de la Sierra, 10 id.; de Luisita Córdoba y Peña, 1 peseta 50 céntimos; de Enriqueta, 6 pesetas; de un militar, 25 id.; de Tarrasa, 1 id.; de San Feliu de Guixol, 1 id.; de Andújar, 1 id.; de un espiritista, 6 id.; de Puerto Rico, 29 id.; de un médico, 5 id.; total 132 pesetas 75 céntimos; que hemos distribuido del modo siguiente:

A una familia muy pobre, 8 pesetas 75 céntimos. A una niña ciega 21 id. 50 céntimos; á una pobre anciana, 2 id.; á una familia obrera, 18 id.; á una viuda con hijos enfermos, 41 id. 50 céntimos; á un espiritista muy pobre, 25 id.; á una anciana, 1 id.; á una familia muy numerosa, 5 id.; á una mujer inútil, 5 id.; á un pobre muy necesitado, 5 id.

Nada queda en la caja de los pobres!

CRISÁLIDAS

COLECCION DE POESÍAS

POR LA SRTA. D.^a LEONOR RUIZ DE CARABANTES

CON UN PRÓLOGO

DE D.^a AMALIA DOMINGO Y SOLER

PRECIO: 4 REALES

Se expende en la librería de Torrents, Triunfo, 4, San Martin de Provencals; y en Gracia, Cañon, 9, pral. (provincia de Barcelona.)

Recomendamos la adquisicion de este ramillete de fragantes flores, en las cuales su jóven autora ha vertido los raudales de su sentimiento.

Imprenta de Cayetano Campins, Santa Madrona, 10.—Gracia.